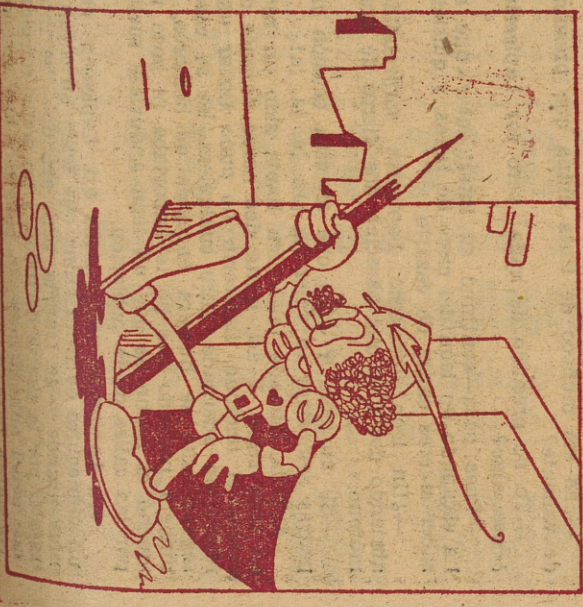
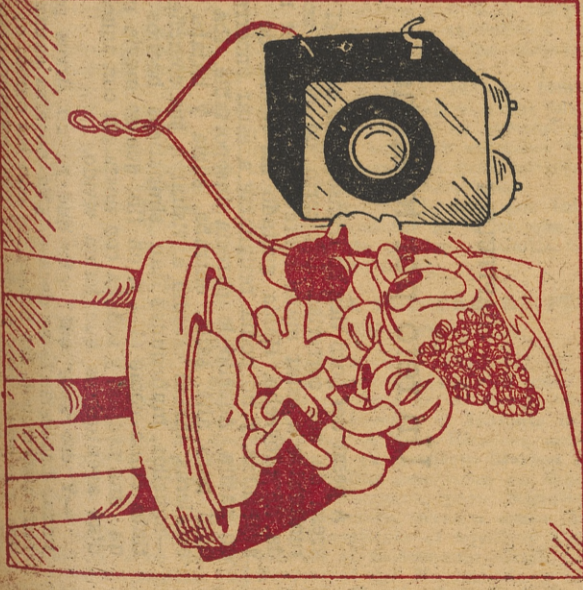


que sería la iniciación de una nueva aventura, y contó el suceso.  
—Dijémoslo.



A Lapicerín, aquella llamada telefónica le pareció que sonaba de una manera especial. Creyó

BIBLIOTECA DE «EL PEQUE»



Y, al fin, un jueves por la tarde que, como hacen todos los niños inteligentes, leía «El Peque», sonó el timbre del teléfono.

LAPICERIN EN EL CIRCO

LAPICERIN EN EL CIRCO

Segunda parte de las «Andanzas de Lapicerín». Aventuras extraordinarias de un muñeco de tinta china

Biblioteca de EL PEQUE 1943

CAPITULO II

El circo

En las afueras de la población, y en una gran explanada, estaba instalada aquella ciudad de lona que se llamaba circo de fieras. Era uno de los más importantes de cuantos circulaban por el mundo, y en él podía admirarse uno de los más variados parques zoológicos: desde el diminuto titi, hasta el corpulento y gigantesco elefante, pasando por los leopardos, tigres, lanterías, leones, kanguros, jirafas y cebras. Parecía que toda la fauna del universo se había jado en aquel circo, con lo cual podía muy bien parangonarse con el Arca de Noé.

Cuando Lapicerín llegó a la explanada, una inmensa multitud se apiñaba a la entrada, ansiosa de presenciar el espectáculo que se ofrecía. Junto a la puerta de entrada, y sobre un tablador, cuatro músicos desafiaban una pieza musical, mientras un «clown», con la cara enharinada, y un traje de centelleantes lentejuelas invitaba al público a pasar al interior de aquella enorme tienda de campaña, reptiendo:



EN EL ESTANCO

— Señor Sisebuto: deme un cigarro puro para mi papá.  
— ¿De que clase lo quieres? ¿Fuerte ó suave?  
— Fuerte, porque el de ayer se me rompió en el bolsillo.

(Texto remitido por FRANCISCO CASAS ALMELA - 12 años - VALENCIA)

# Colaboración INFANTIL



Elena Domínguez, 11 años.

Escribiendo cuentos.



Pilarín Rodríguez, 13 años, Valencia.



Benito Ruiz, 12 años. Burjassot (Valencia).



Eduardo París, 11 años. Chilleja (Valencia).



María Rosa Pascua, 10 años, Valencia.

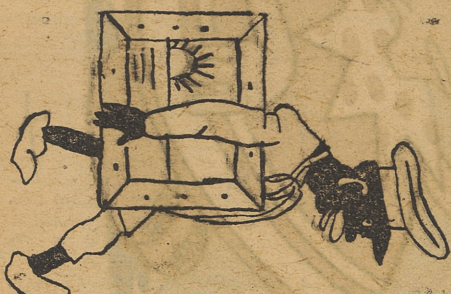
ARIZONA



Amador Ortega, Valencia.



Vicente Piñón, 11 años, Valencia.



Gabriel Navacerrada, 11 años, Valencia.



Juan Braillo, 13 años, Valencia.



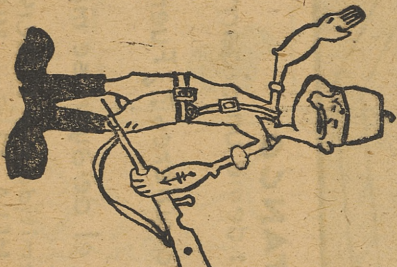
Vicentín Ferrer Giménez, 6 años.

La hija de Fu-Manchú



José Luis Espi, 11 años.

POPEYE



F. Novella, 12 años, Valencia.



Alfonso Serrano, 14 años.



Paquita Amorós Angel, 11 años, Valencia.

Un susto a media noche



Juan Barrio, 14 años, Valencia.

## Un reto por teléfono

### CAPÍTULO I

A pesar de que el teléfono había estado en silencio durante días, al día siguiente se oyó un ruido que parecía el de un teléfono que se estaba usando. Era un ruido que se oía en la casa de los señores Domínguez, que vivían en una casa de la calle de la Paz, número 12. Los señores Domínguez eran un matrimonio de mediana edad, con tres hijos. El mayor, Juan, tenía once años y era un niño muy curioso. Él era el que había descubierto el teléfono. Un día, cuando estaba jugando en su habitación, encontró un teléfono que estaba conectado a la línea. Él se había acercado a él y había oído un ruido que parecía el de un teléfono que se estaba usando. Él se había asustado y había corrido a contarle a sus padres. Los señores Domínguez habían estado muy preocupados por el ruido que habían oído y habían buscado a su hijo. Él les había contado lo que había pasado y ellos habían estado muy sorprendidos. El teléfono había estado en silencio durante días y ahora se estaba usando. Los señores Domínguez habían estado muy preocupados por el ruido que habían oído y habían buscado a su hijo. Él les había contado lo que había pasado y ellos habían estado muy sorprendidos. El teléfono había estado en silencio durante días y ahora se estaba usando. Los señores Domínguez habían estado muy preocupados por el ruido que habían oído y habían buscado a su hijo. Él les había contado lo que había pasado y ellos habían estado muy sorprendidos.

## EL CIRCO

### BIBLIOTECA DE «EL PEQUE»

Así, pues, cazaría al león, y no se contentaría con cazarlo, sino que había de ser precisamente vivo. Y, además, le haría un nudo en el rabo. —¡Bah! ¡Leoncitos a mí!

Y dispuesto a comerselo el mundo si preciso fuere, Lapicerín salió de su casa, dirigiendo sus pasos al circo de fieras.

Lapicerín preguntó a una zorra que estaba en el circo: —¿Dónde está el león?

—¡Bah! ¡Leoncitos a mí!

Y dispuesto a comerselo el mundo si preciso fuere, Lapicerín salió de su casa, dirigiendo sus pasos al circo de fieras.



# REVOLTILO

## ADIVINANZAS

—¿En qué se parecen las montañas a las mujeres?  
—En que las dos tienen fal-das.  
María Luisa Soriano Va-lencia.

—¿A qué palabra le dura un día la xh?  
—«Hoy», porque mañana se escribe sin «h».  
Daniel Fernández González, 12 años. Valencia.

—¿En qué se le parece un perro a un carpintero?  
—En que los dos menean la cola.  
Enrique Beneyto, 13 años. Meliana (Valencia).

## COLMOS

—¿Cuál es el colmo de una cocinera negra?  
—Dar un «bocadillo» al nene.  
Miguel Santamans, 13 años. Valencia.

—¿Cuál es el colmo de un electricista?  
—Cortar la corriente del río.  
Antonio Martínez, 9 años. Valencia.

—¿Cuál es el colmo de un cojo?  
—Ser corredor.  
Antonio Martínez, 9 años. Valencia.

—¿Cuál es el colmo de un dentista?  
—Quitar los dientes de una sierra.  
Antonio Martínez, 9 años. Valencia.

—¿Cuál es el colmo de un melonero?  
—Tener un melón por cabe-za y no poderlo vender.  
J. Noguera, 12 años. Valencia.

—¿Cuál es el colmo de un guandaguja?  
—Tener que guardar las agu-jas de coser para que no se le pierdan a su mujer.  
J. Noguera, 12 años. Valencia.

—¿Cuál es el colmo de un modista?  
—Coser con los hilos telegrá-ficos las faldas de una mon-taña.  
Carlos López, 9 años. Va-lencia.

—¿Cuál es el colmo de la mujer de un ferroviario?  
—Coser con una aguja del tren.  
Armando Jordán, 13 años. Valencia.

## CHISTES

—Ante todo, me iría a Bar-celona.  
—Y después?  
—Me embarcaría tranquilo, confiando en el capitán del bu-que, que indudablemente, co-noce el camino mejor que yo.  
José L. Gaeta. Burjasot (Va-lencia).

—¿Qué deporte te gusta más?  
—El boxeo, porque es donde Adolfo Vediti, 13 años. Caña-da (Valencia).

—¿Qué le dijo a un hombre que se le caía el pelo?  
—«No te preocupes, el pelo se cae a todos».  
Manuel González Jover, de 8 años. Valencia.

—¿Qué hay que hacer a un burro para que no cambie de sexo?  
—Distraerlo para que no sea-burra.  
María Luisa Soriano. Va-lencia.

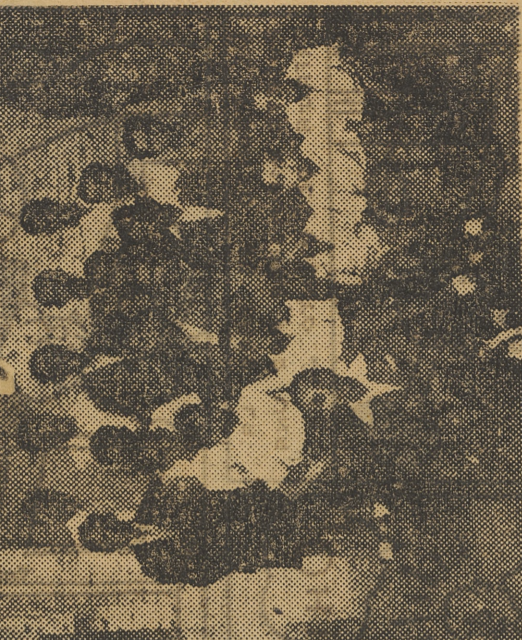
—¿Qué es lo primero que ha-ce el burro cuando sale al sol?  
—Sombrar.  
María Luisa Soriano. Va-lencia.

## EN LA CLINICA

El doctor le dice al paciente:  
«Nota que tiene en el pecho un bulto, el cual voy a rebo-clarle rápidamente.»  
—¡Oh, por Dios!—exclama el paciente.— No lo rebaje mu-cho porque es mi carrera.  
Fernando Marín, 10 años. Valencia.



## FANTASMAS Infantiles



FALLA INFANTIL NUMERO 23  
COMISION DE LA CALLE DE SAGUNTO Y ADYACENTES  
Presidente, Manuel Cuñat; vicepresidente, P. Armando Fornes; secretario, José Fornes; tesorero, José Cuñat; presidente de festejos, Damián Domínguez; vocales: Vicente Puerta, P. Monsorin, José Cuñat, E. Belmonte, Fallera mayor, Teresin Marco; falleras de honor, Amé-lic Caro, Consuelin Martínez, Rosarita Vias, Francisco Monse-riu, Elvirin Nácher, Amparín Gil.

—¿Qué deporte te gusta más?  
—El boxeo, porque es donde Adolfo Vediti, 13 años. Caña-da (Valencia).

—¿Qué le dijo a un hombre que se le caía el pelo?  
—«No te preocupes, el pelo se cae a todos».  
Manuel González Jover, de 8 años. Valencia.

## ¿Qué le dijo...?

—¿Qué le dijo la tortuga al gasógeno?  
—«Aparta, que llevo prisa».  
María Nieves Herrteruela, 10 años. Valencia.

—¿Qué le dijo un sordo a un mudo?  
—«Oye, tú; cántame «Tabua-le»».  
Manuel Pitarch, 13 años. Va-lencia.

—¿Qué le dijo un bombero viejo a uno que entra nuevo?  
—«Por el humo se sabe don-de está el fuego».  
A Peñado, 9 años. Valencia.

—¿Qué le dijo uno que se había emborrachado a su novia?  
—«Y mi chacha no me quiere porque ando en la bo-trachera».  
A Peñado, 9 años. Valencia.

—¿Qué le dijo el clavo al martillo?  
—«Quítate de encima que me hundes».  
R. Carmona, 9 años. Va-lencia.

—¿Qué le dijo una cerilla a un cigarrillo?  
—«Por tu culpa perdí la ca-beza».  
Amparín Olmos, 8 años.

—¿Qué le dijo un conejo a la mujer que lo iba a matar?  
—«No me mates con tomates; mámate con piñón».  
Tomás Juan Suay, 12 años.

—¿Qué le dijo uno que le dijo a otro que le dijo?  
—«¿Qué le dijo? ¿Qué le di-jo? ¿Qué mala pata nos que-de!»  
Antonio Monzó, 12 años. Va-lencia.

—¿Qué le dijo Fu-Manchú al doctor Satán?  
—«Que los dos morimos que-riendo ser dueños del mundo».  
Francisco Vizcarro, 13 años. Valencia.

# Los hombres que vuelan

## Por Luis Motta

(Continuación)

llevado inconscientemente hacia Rosignano, por el furor de la tempestad.

De modo, que le había ganado a su rival algunas horas de ventaja.

Durante toda la tarde del tercer día, Marchal voló rápi-damente, para ver de ganar el tiempo perdido y alcanzar a su mayor y más terrible adversario.

A lo lejos se perfilaba el monte Argentario, que la noche comenzaba a envolver con sus oscuros velos.

A sus plantas principiaban a brillar las luces. Entre el ramaje de los árboles vio las luces de algunas casas, y pudo observar algunos aduaneros, que desde la costa le miraban con cierta desconfianza, dando a entender que el pajarraco les pa-recía algo sospechoso.

No hay barrera ni muralla que pueda oponerse al paso de los aeroplanos, y estos nuevos medios de locomoción pueden burlar a todas horas tratados de comercio y acuerdos inter-nacionales.

Los gobiernos, en cuanto el magnífico descubrimiento de la aviación fué perfeccionándose, decidieron pensar en segui-da en proteger las leyes promulgadas por ellos, y publicar otras relativas a este medio de locomoción aérea.

Marchal iba haciéndose estas reflexiones, cuando de pron-to oyó un ligero rozamiento en el motor; ante la idea de una nueva avería, se echó a temblar.

Puso atención para escuchar el ritmo del motor, y advirtió una pequeña irregularidad que le llenó de inquietud.

En la oscuridad de la noche apareció una ciudad, y Mar-chal resolvió bajar para reconocer el aparato.

Descendió un poco y, rozando las copas de los árboles, lle-gó a las primeras casas de la población.

El aeroplano revoloteó por encima de una plaza bastante extensa, cerca de la cual, había una manada de toros que mu-gían y amanzaban con los cuernos la fantástica aparición.

Se oyeron agudos gritos.

Los aldeanos acudían, dando voces y blandiendo sus ga-ntes.

Indudablemente, la hospitalidad no era una de las virtudes profesadas en aquel lugar.

Marchal comprendió, que si descendió, lo pasaría mal.

La agitación provocada entre aquellos estúpidos por el ru-ido del aparato aéreo, demostraba lo que eran capaces de hacer con la persona que les había asistido de aquella ma-nera.

Marchal sintió que se le subía la sangre a la cabeza; pe-ro se contuvo.

Se volvió para cortar la cuerda o para desatlarla, pero se convenció de que la cosa no era tan sencilla como había ima-ginado.

Con las manos hubiera perdido mucho tiempo, porque el cable era de acero trenzado.

Dos o tres de los indígenas se acercaban a cuatro patas.

Dos de ellos lograron coger la punta de la cuerda, y se agarraron a ella con la firme intención de hacer bajar el aparato.

Marchal comprendió su manobra; en-tre tanto, el motor continuaba haciendo aquel ruido extraño que tanto le había alarmado.

Les dejó hacer, y después, les gritó a voz en cuello:

—¡Soldad! ¡Eh, soldad!

Pero los hombres no obedecieron el mandato.

Los bestiaridos boveros querían, sin duda alguna, vengar-se del susto que les había dado.

Tenían cogida la cuerda del aeroplano, y desplegaban cuanto fuerza les era posible para acercar hasta ellos el apa-rato; pero éste, levantado por una fuerza impenetrable, no tar-dó en libertarse.

Los dos campesinos, cogidos a la maroma, se vieron arras-trados bruscamente. Dieron un grito de espanto y se agarra-ron con más fuerza aún.

Marchal no pudo menos de sonreírse al ver las caras de terror que los aldeanos ponían al verse suspendidos en el espe-cio, agitando al extremo del cable, como dos grandes arañas.

El aeroplano seguía avanzando con rapidez, a pesar del aumento de peso que los dos hombres suponían; no se atre-vían a soltar la cuerda por miedo a caer en tierra y estrellar-se contra el suelo.

Intentaron saltar a una chinchea que hallaron al paso; pero cuando pusieron el pie en ella, ésta se hundió; cedió ba-jo la presión y cayó con un ruido espantoso.

El aeroplano descendió algo más, y se hallaron a cinco metros del suelo; pero como vista desde arriba, por un efecto

—¿Qué le dijo la tortuga al gasógeno?  
—«Aparta, que llevo prisa».  
María Nieves Herrteruela, 10 años. Valencia.

—¿Qué le dijo un sordo a un mudo?  
—«Oye, tú; cántame «Tabua-le»».  
Manuel Pitarch, 13 años. Va-lencia.

—¿Qué le dijo un bombero viejo a uno que entra nuevo?  
—«Por el humo se sabe don-de está el fuego».  
A Peñado, 9 años. Valencia.

—¿Qué le dijo uno que se había emborrachado a su novia?  
—«Y mi chacha no me quiere porque ando en la bo-trachera».  
A Peñado, 9 años. Valencia.

—¿Qué le dijo el clavo al martillo?  
—«Quítate de encima que me hundes».  
R. Carmona, 9 años. Va-lencia.

—¿Qué le dijo una cerilla a un cigarrillo?  
—«Por tu culpa perdí la ca-beza».  
Amparín Olmos, 8 años.

—¿Qué le dijo un conejo a la mujer que lo iba a matar?  
—«No me mates con tomates; mámate con piñón».  
Tomás Juan Suay, 12 años.

—¿Qué le dijo uno que le dijo a otro que le dijo?  
—«¿Qué le dijo? ¿Qué le di-jo? ¿Qué mala pata nos que-de!»  
Antonio Monzó, 12 años. Va-lencia.

—¿Qué le dijo Fu-Manchú al doctor Satán?  
—«Que los dos morimos que-riendo ser dueños del mundo».  
Francisco Vizcarro, 13 años. Valencia.

FALLA INFANTIL NUMERO 23  
COMISION DE LA CALLE DE SAGUNTO Y ADYACENTES  
Presidente, Manuel Cuñat; vicepresidente, P. Armando Fornes; secretario, José Fornes; tesorero, José Cuñat; presidente de festejos, Damián Domínguez; vocales: Vicente Puerta, P. Monsorin, José Cuñat, E. Belmonte, Fallera mayor, Teresin Marco; falleras de honor, Amé-lic Caro, Consuelin Martínez, Rosarita Vias, Francisco Monse-riu, Elvirin Nácher, Amparín Gil.

(Continuará)

# El pescador más feliz

Era un país muy lejano, ro-  
deado de frondosos bosques y  
elevadas montañas, y cruzado  
por un caudaloso río, en cu-  
yas riberas habitaban muchos  
pescadores en pobrísimas cho-  
zas.

En una de aquellas chozas  
había un joven pescador a  
quien no se le conocía familia  
alguna, muchacho de un ca-  
rácter tan bondadoso y ale-  
gre, que sus compañeros le ve-  
rían en gran estima.

Se llamaba Osmira, y tenía al  
costumbre de esperar siempre  
la noche para salir con su ca-  
noa a pescar, cosa que había  
sorprendido mucho a todos los  
demás, que le decían:  
—Como eres joven y pescas  
de noche, por eso vives tan  
feliz.

En efecto, Osmira vivía muy  
pobremente, era el más pobre  
de todos, pero aún así, apenas  
llegaba con el alba a su cho-  
za, se sentaba en la arena, y  
sacando de sus redes tres o  
cuatro peces, gritaba:  
—Yo tengo hoy bastante pa-  
ra mí. ¿Quién quiere comer?

En un momento se veía ro-  
deado de mujeres y niños y  
repartía entre ellos el pesca-  
do que le quedaba en las re-  
des y que había cogido por la  
noche.

Un día pasó por aquella  
parte de la ribera del río, don-  
de estaba la choza de Osmira,  
un viejo hechicero que habi-  
taba en una cueva de la mon-  
taña próxima y que gozaba  
de gran fama en el país, por  
que según decían, tenía el po-  
der de transformar ciertas  
piedrecillas encarnadas que las  
aguas del río arrojaban a la  
orilla mezcladas con la arena,  
en relucientes pepitas de oro.

Al ver al viejo hechicero,  
hubo gran entusiasmo entre  
los pescadores y todos salie-  
ron a recibirlo, pidiéndole que  
los hiciera ricos.

El hechicero, que llevaba  
una capucha a manera de  
monje, descubrió su cabeza y  
dejando caer el capuchón so-  
bre sus espaldas fué diciendo  
a cada uno de ellos:  
—¡Echallas aquí dentro y  
acuérdate bien del número de  
piedras que tenías.

Cuando ya hubieron termi-  
nado, les preguntó:  
—Según veo, aquí hay doce  
chozas y vosotros sois once.  
¡Falta, pues, un pescador...  
¿quién es?

Todos exclamaron a la vez:  
—¡Es Osmira, el feliz!  
—¡Llamadlo—dijo el hechice-  
ro—, yo quiero verlo.

—¿Cómo te llamas?—le pre-  
guntó el viejo mago.  
—Osmira—contestó el joven.  
—¿No tienes piedrecitas en-  
carnadas?  
—¡Falta, que las quiero?  
—¡Tus compañeros te lo di-  
rán.

Y el viejo mago preguntó en  
segunda a uno de ellos:  
—¿Cuántas has echado tú  
en mi capucha?  
—¡Cien—contestó el pesca-  
dor.

—¡Mehe la mano y cuenta  
arrojando al río las redes, di-  
ciendo:  
—¡Que pesque, si quiere, Os-  
mira, el feliz!  
Y mientras ellos se entre-  
gaban al júbilo, el mago decía  
al joven Osmira:  
—¿Lo has visto? ¿Por qué  
no coges?  
A lo que contestó, siempre  
alegre, el muchacho:  
—Yo he sabido ser feliz y  
¡Pasa a la pág. quinta)

**LA MAESTRA Y SUS ALUMNOS**

Por Papop

**DOÑA FLUMENR VA A EXPLICAR A SUS ALUMNOS UNA LECCIÓN DE GEOGRAFÍA FÍSICA**

¡QUERIDOS NIÑOS! HOY VOY A HABLAR DE LOS METEOROS!

**LA VELOCIDAD CON QUE EL VIENTO ES PUESTO EN MOVIMIENTO DA LUGAR...**

**¡R TODOS LOS METEOROS REPERCUTEN EN LA VIDA DE LOS SERES VIVOS PORQUE PURIFICAN Y ACTIVAN!**

EL DESARROLLO DE LA VEGETACIÓN

**DE PRONTO SE ABRE LA PUERTA IMPULSADA POR UNA RAFA DE VIENTO...**

¡MI PELUCÓN!

**¡EL AIRE PURIFICA! ¡DOÑA FLUMENR! ¡JI, JI, JI...!**

¡LOS VIENTOS SON MUY ÚTILES! ¡ACTIVAN EL DESARROLLO DE LA VEGETACIÓN! ¡JI, JI, JI...!

¡OH!

## EL PESCADOR MAS FELIZ

(Viene de la pág. cuarta)

Vino resignado con la desgra-  
cia.  
El viejo misterioso se caló  
su capucha y se alejó dicen-  
do con una voz muy sonora,  
que parecía el eco de un trueno  
subterráneo:  
—Sabed ser feliz, vivir re-  
signado con la desgracia, es  
enamorrarse a dicho.

Una mañana, de primave-  
ra, al despertar la risueña au-  
ror, atascaba Osmira su  
barca en la ribera, cuando  
vio ante su choza, parado, un  
jinete cubierto con una bri-  
llante armadura de guerrero.  
—¿Quién será?—se preguntó  
el muchacho, con la natural  
sorpresa.  
Y, saltando a la arena con  
sus redes al hombro, apresu-  
ró el paso, para saber quién  
era, el jinete que allí estaba  
parado.  
Pero no bien hubo dado al-

gunos pasos cuando el desco-  
nocido guerrero espolé a su  
montura y huyó al galope.  
—Me ha visto llegar y ha  
huido—murmuró el pescador.  
Un momento después, entró  
en su choza, y de sus labios sa-  
lió una exclamación de asom-  
bro, al ver tendida sobre el  
montón de paja de maíz que  
le servía de lecho, un bulfo  
cubierto con una piel de leo-  
pardo.  
Se acordó rápidamente, le-  
vantó con mano temblorosa la  
piel y no pudo contener este  
grito:  
—Es una niña!... ¡Me la ha  
traído ese guerrero.  
En efecto, era una niña de  
unos doce años, hermosa co-  
mo una rosa, vestida con una  
túnica de seda adornada con  
bordados de oro, descalza sus  
pequeñas pies y suelta su ne-  
gra cabellera.  
Pero la niña no despertara  
parado, y las horas transcurrían. Lie-

no de ansiedad, Osmira ta-  
có una mano, y al contacto  
de la suya, abrió los ojos, dió  
un grito de espanto y pro-  
trumpió en amargo llanto.  
Aquel sueño duró más de  
tres horas y al despertar la ni-  
ña había recobrado el uso de  
la palabra, pero en el mo-  
mento en que se ponía en pie  
para hablar, llegaron a la cho-  
za varios jinetes, acompañados  
del viejo mago de la mon-  
taña.  
Uno de los jinetes saltó de  
su caballo y al mismo tiempo  
que la niña gritaba con los  
brazos extendidos:  
—¡Padre mío!  
Era el rey de aquel país,  
quien le habían rapado su hi-  
ja, la princesita Dholina, por  
vengarse de él, y que el mago  
de la montaña había descu-  
bierto su paradero.  
Osmira, fué premiado por el  
rey, llevándose a su palacio,  
comandante de riquezas.  
FIN

## LA HERENCIA DE PANCORBO 2

UNA AVENTURA DE BUSCADORES DE ORO. POR S. ROJO

**ESTE ES EL PINO ¡RECORCHO! AQUÍ HA ESCARABADO ALGUEIN QUE CARAY!**

**ENTREMOS EN EL RANCHO, QUIZÉ EL TÍO CORONA SE PA ALGO**

**¡HOLA! ¡HOLA PANCORBO TÍO! ¿Y COMO DISES QUE CORONA TE VA?**

**PUES SI... ¡VINIERON HACER UNAS HORAS UNOS DESCONOCIDOS, Y SE PUSIERON A CAVAR AHÍ CON EL PRETESTO DE ENTERRAR UN PERRO, LUEGO SE FUERON PORER SENDR, ESO ES TODO LO QUE SE.**

**¡PRONTO ANITA! ¡MONTA EN TU CABALLO, HAY QUE DARSE PRISO!**

¡TENGAN MUCHO OJO!

**¿SABES QUE ME PARECE QUE TONDO ESTO DEBE SER OBRÁ DEL POTERO CASCOTE? ¡PRONTO LO VERÁS!**

**¿ENCONTRARAN A LOS LADRONES?**

(Continúa)